

Por Ramón

F. Díaz Hernández

La obra de M. K. Hopkins (*Contraception in the Roman Empire*), editada en 1965, marcó un hito importante que no hizo sino incentivar el interés por conocer la historia de las principales actitudes concepcionistas del mundo antiguo. Al menos se consiguió un acercamiento a los textos que hacían alusión a la sociedad romana y quizá hasta una mayor originalidad que superase las manoseadas referencias al infanticidio y la depravación de las costumbres.

Con anterioridad (1960) el *Institute d'Etudes Demographiques* (París) publicó un interesante trabajo que lleva por título *La prevention des naissances dans la famille*, debido a la pluma de autores de la relevancia de Alfred Sauvy, H. Bergues y M. Riquet, traducida al español y editada en 1972 con el nombre de *Historia del control de nacimientos*, constituye un manual de consulta obligada.

Otros estudiosos han venido siguiendo una preocupación semejante. Son dignos de mención los trabajos de J. L. Flandrin (*Familles: parenté, maison, sexualité dans l'ancienne société*) o la sugerente aportación de L. Stone (*The family, Sex and Marriage in England, 1500-1800*, Londres 1977).

Las obras (numeradas (entre otras para no hacer interminable la relación) centran su atención en desvelarnos la existencia de costumbres, actitudes y técnicas precisas tanto para facilitar la procreación como para evitarla. Sorprende un poco que las prácticas contraceptivas que se citan —algunas de subido ingenio— no trascendieran del contexto histórico de la antigüedad al medieval. Ello plantea una incógnita apasionante pero también irresoluble: cómo y por qué procedimientos de esta guisa, que se supone están fuertemente anclados en el acervo popular, sean de pronto olvidados sin dejar la menor huella.

Es difícil, por otra parte, creer que todos los conocimientos anticonceptivos heredados de los griegos, de los romanos y de los árabes no tuvieran aplicación en la Edad Media por desconocimiento generalizado.

Cuesta un poco entender que en los medios en donde se practicaba la prostitución no se conservasen todas las recetas antinatales y desde ellos propagarse de una época a otra. Es impensable también que la afamada medicina árabe y la judía, muchos de sus representantes más doctos ejercieron en las ciudades medievales, no guardaran vivas las antiquísimas tradiciones abortivas y anticonceptivas características del Medio Oriente.

Es por lo que no podemos más que creer que los conocimientos sobre este tema, considerado durante un milenio como uno de los recursos del arte, fueron ignorados o rechazados. Por lo menos se desconocen autores que los aconsejasen. Hay quien piensa que, como tros muchos



La contracepción, práctica inducida por la revolución industrial

Las antiguas técnicas griegas y romanas apenas trascendieron a la Europa posterior

aspectos culturales, las diversas técnicas antinatales también sufrieron en el medievo el choque de las invasiones bárbaras.

También es verdad que ha habido una cierta estrechez por parte de las «vacas sagradas» de la historia que han orientado las investigaciones hacia el marco de las superestructuras políticas y económicas, despreciándose y hasta desdiciendo el ámbito de las costumbres populares.

La información literaria medieval es sumamente escasa en lo concerniente al aborto y a la contracepción, a excepción de la prostitución. De ahí que el estudio de esta parcela histórica se deba realizar a partir de fuentes no siempre imparciales. Tal es el caso de las pastorales, sinodales y penitenciales que de la oficialidad clerical prescribía en cada momento para tratar de encauzar desde la óptica cristiana los excesos de las costumbres.

Por su parte, la creación literaria, en particular la epopeya cortesana representada por la novela de *Tristán e Isolda* las del *Rey Arturo* y la *Meca Redonda* nos dibujan un ideal amoroso que exalta las virtudes del honor, de la lealtad y de la entereza. El centro de interés de estas composiciones a menudo busca lo absoluto, y se expresan en el análisis sentimental por el amor platónico y hasta un cierto desprecio de las relaciones carnales.

Antecedentes de la Europa malthusiana

Se puede decir a este respecto que se reconoce que la contracepción era un procedimiento, o mejor una técnica, poco habitual entre los europeos. Además, la limitación de los nacimientos gozaba de

la enérgica repulsa de una Iglesia influyente y todopoderosa. Determinadas concepciones paulinas sobre la virginidad y castidad invitaban a la austeridad más estricta. En particular, la discutida expresión: «Los que están casados vivan como si no tuvieran esposas» (Corintios 1-7).

El resultado final parece no ser otro que la simple constatación de que hasta el siglo XIV al menos el mundo medieval fue contrario a cualquier concesión a la restricción natalicia. Tanto fue así que determinados autores aprecian una sustitución del infanticidio, característico de la antigüedad, por el abandono de niños en torno de los conventos o en la puerta de las iglesias y de las familias acomodadas.

Ahora bien, eso no debe significar que las prácticas anticonceptivas estuviesen proscritas del todo, toda vez que se tienen evidencias concretas de experiencias en ese sentido. Ciertamente son minoritarias y carentes de continuidad como vamos a intentar demostrar.

Buscando vestigios documentales fehacientes, numerosos tratadistas pretenden encontrar el origen de la actual Europa neomalthusiana desde la perspectiva de la demografía histórica. Es por lo que se preguntan ¿cuándo se empezaron a emplear prácticas antinatales en el occidente europeo de forma continua y generalizada?, ¿con qué antecedentes cuenta la modernidad para justificarse a sí misma la necesidad de la restricción natalista? Dicho en otros términos, ¿estamos ante una novedad o se trata de un proceso largamente sostenido? A este respecto nos parece estimulante la lectura del artículo «Birth-control in the medieval west

in the Thirteenth and Early Fourteenth Centuries» de P. Biller en la *Revista Past and Present*, N.º 94, febrero de 1982.

La idea hasta ahora más extendida en lo que concierne a la Edad Media es que la mayoría de las parejas de la Europa occidental desconocía los más elementales medios contraceptivos, con alguna que otra salvedad.

Algunos ejemplos localizados

El estado de la cuestión en este orden revela irrefutablemente la presencia de ciertas prácticas. En efecto, tanto el mundo urbano como rural de Francia e Italia arrojan abundante luz sobre esta cuestión. En las ciudades de Verona y Florencia, así como en el Pistoia agrario se pudo comprobar cómo las parejas particularmente pobres en períodos de dureza económica redujeron el número de hijos respecto a la tendencia habitual de la época, favorable como sabemos a familias amplias. Lo que tiene su importancia si tenemos en cuenta la «cruza» y las furibundas condenas de San Bernardino de Siena, que recordaba inútilmente a aquella gente acuciada por penurias económicas lo pecaminoso de las relaciones carnales no procreativas.

Por otro lado, en los registros de casamientos aparecen alteraciones frecuentes en las edades de los contrayentes que intentan retrasar todo lo posible las celebraciones para así reducir el periodo fértil en las mujeres. Paralelamente se advierte la utilización de artilugios y brebajes que pretenden evitar la preñez, una mayor tolerancia social hacia la prostitución y las relaciones homosexuales, una fuerte

revalorización del celibato y elogio oficioso hacia la costumbre de la continencia periódica en el matrimonio. Tampoco faltaron los más extravagantes «slogans» para evitar la fornicación e incluso la proclama de practicar la elegancia social cortesana promoviendo entre las mujeres de clases privilegiadas el sentimiento de repugnancia al embarazo y al parto a fin de posponer el crepúsculo de la belleza juvenil.

Pero todo esto, conviene insistir, eran más bien fenómenos que se daban entre componentes de sectas secretas y elementos incipientes de prácticas ocultas. A veces, en ámbitos sociales restringidos quizá como resistencia a la intolerante e hipócrita moral oficial de la Iglesia que consideraba ilícitas las uniones carnales cuyo fin fuese el placer y no el procrear. Paradójico en una época en que la corrupción del clero alimentaba herejías por todas partes. Véase a este respecto con qué ironía se defiende un cátaro ante la Inquisición diciendo: «Yo no soy hereje, puesto que tengo mujer, me acuesto con ella, le hago hijos, como carne, miento y blasfemo: soy, pues, un fiel cristiano; ¡no permitáis que digan que soy hereje, porque si no, pronto se dirá que vos lo sois también!» (Gerard de Sède: *El tesoro cátaro* y «Los movimientos heréticos en la Baja Edad Media», *Rev. Annales*, 1982).

Otro ejemplo interesante nos lo proporciona el Londres del periodo 1288 a 1527 estudiado por S. Thrupp's a través del cotejo de testamentos pertenecientes a comerciantes (*The Merchant Class of Medieval London*). Concluye dicho estudio en que el número de herederos varones era evidentemente bajo. Aduce la

Las parejas de la Europa medieval desconocían la contracepción

autora de referencia que la esterilidad y/o la caída de la fertilidad, la fuerte mortalidad infantil y la extensión de la prostitución hicieron posible la exigua cantidad de vástagos pertenecientes a familias mercantiles. Pero no descarta, además, la posibilidad de una contracepción activa tal vez encubierta tratándose de sectores sociales que gozaban de un cierto bienestar económico.

En España, los siglos de Reconquista y de exaltación de la vida militar, en presencia de unas costumbres secularmente adustas, cultivadas por un clero y una nobleza montaraz, hacen suponer que no se dieron las bases contextuales de permisividad y liberalidad contraceptiva. Quizá por ello se favoreció siempre una política pronatalista. Por lo menos se conoce bien poco la hipotética existencia de prácticas abortivas y anticonceptivas.

Es por lo que llegamos a la conclusión de que la contracepción consciente o voluntaria como práctica ampliamente extendida era más bien una cuestión impensable e incluso ardentemente combatida. Por lo tanto, el malthusianismo que caracteriza a la Europa actual es el resultado de la consolidación de la Revolución Industrial, del despliegue científico-técnico y del peculiar modo de alojamiento masivo de las poblaciones en ingentes concentraciones urbanas.

Con todo, nos queda la duda del fenómeno cátaro y su incidencia indudable en las costumbres antinatales del sudoeste francés. A ello vamos a dedicar la parte final de nuestro trabajo.

Las ideas antipoblacionistas de la herejía cátara

En torno al siglo X surgieron en toda Europa numerosos movimientos heréticos y reformadores que, en su mayoría, tenían un doble objetivo: criticar la degradación moral de la Iglesia y de camino exigir reformas socioeconómicas. Es el caso de los bogomiles, patarinos (Milán, 1056), el movimiento por la Paz de Dios, el propio impacto de la publicación del *Adversus Simoníacos* de H. Moymoutier, que contenía un amplio programa de reformas eclesíásticas, o la fundación de Cluny en 910.

Pero ninguno tan original como la herejía cátara —conocida también por albigenes— que enraizó rápidamente por todo el mediodía occitano (Languedoc y Provenza), Norte de Italia, Alemania, Península Ibérica e Islas Baleares (Catarismo y valdeísmo en el Languedoc, de Cristina Thonzelier y Cátaros y Occitanos

Los herejes cátaros o albigenses, defendían el antipoblacionismo

en el Reino de Mallorca de G. Alomar Estévez, Palma, 1978, 155 págs.).

Se trata de una auténtica revolución espiritual que pronto se enfrentó con el papado. Ya, en 1163, el Concilio de Tours mostraba su inquietud ante los progresos de la herejía. Poco más tarde, durante la celebración del tercer Concilio de Letrán, Alejandro III excomulgó a los dirigentes y amenaza aplastar la herejía a través de una auténtica cruzada. Desde muy pronto se montó una dura y habilidosa campaña para combatir y erradicar el movimiento albigense cuya culminación lograría Simón de Monfort al término de una sangrienta invasión que destruyó la denominada «civilización occitana» antes de comenzar el siglo XIV.

Para la historia del control de la natalidad el catarismo presenta un enorme interés porque fundamenta en unos principios doctrinales, congruentes con las ideas que se expondrán a continuación, un conjunto de prácticas antipoblacionistas.

Efectivamente, los cátaros se inspiran en el dualismo de Manes. De ahí que sitúen en el centro de su visión la lucha entre los dos principios opuestos de la Luz y las Tinieblas. O sea, del Bien y del Mal. Para estos neomaniqueístas, espíritu y materia son las expresiones respectivas de aquellos dos grandes oponentes que adoptan una relación de fricción permanente.

Por ello piensan que un mundo plagado de injusticias no puede ser la obra de un dios bueno, sino de un demiurgo o espíritu maligno. De acuerdo con esta concepción, la caída en desgracia de Luzbel coincide con la creación del mundo. Al final de los siglos, la Parusia señalará el triunfo del Espíritu sobre la demoníaca materia.

En la dirección expuesta, los albigenses extraían una conclusión aparentemente lógica en el contexto de su dispositivo ideológico que vendría a ser más o menos como sigue: el hombre está a caballo entre dos universos; su cuerpo material (arcilla) le vincula a un mundo malo e indeseable, pero en ese recinto imputo se encuentra prisionero el espíritu que padece una cautividad de la que sólo el camino de perfección propuesto por los cátaros puede liberar.

Ello conduce a la creencia en la metempsicosis según la cual los justos al morir se reencarnan en seres cada vez más livianos, es decir, menos ligados a la materia y más evolucionados en cuanto a desarrollo espiritual se refiere. Y al contrario, la vida pecaminosa conducirá al revestimiento de aspectos cada vez más pesados y degradantes que se irán asimilando a la materia satánica (Le catharisme: l'histoire des Cathares, de Jean Duvernoy,

Ed. Privat, 398 págs. Toulouse, 1979).

Pero en el Languedoc se extendieron estas ideas no sólo por tratarse de una sociedad fuertemente enraizada en sus tradiciones ancestrales —recuérdese que se trata de la tierra de los «sabios» druidas y de los arrianos visigóticos—, sino también por razones tanto sociológicas como religiosas.

Por otra parte, en el Sur de Francia se había producido un rápido debilitamiento del poder central a la par que las ciudades atravesaban por un período esplendoroso. Toulouse, por ejemplo, era la urbe más importante de Europa después de Venecia y Roma. Albi, Ariège, Tour, Narbona, Carcasona, Foix y otras muchas más gozaban también de una vida social y económica no menos pujante.

Marx y Engels lo ratifican en la Nueva Gaceta Renana: «En la Edad Media, una provincia de la Francia del Sur, la nación provenzal, no sólo había conseguido un magnífico desarrollo, sino que marchaba a la cabeza del desarrollo europeo. Fue la primera de todas las naciones modernas en poseer una lengua literaria. Su arte poético servía a todos los pueblos románicos, incluso a alemanes e ingleses de modelo entonces inigualable...»

En estas urbes medievales, la intensa actividad mercantil llevaba aparejado intercambios culturales de todo tipo, con lo que renacía una mayor libertad de pensamiento y una tolerancia sin parangón en la época de referencia. Estos valores incidían hasta en la propia estructura social: cualquier villano o plebeyo podía llegar a ser burgués si la fortuna le sonreía. Pero, aún más, podía ascender y ennoblecerse si contaba con bienes raíces para ello al margen de su pasado.

Por consiguiente, la Iglesia cátara que se apoyaba más en el razonamiento y en el libre consentimiento que en la autoridad y la fe ciega, estaba en armonía con la mentalidad de un país en el que la cultura, las preocupaciones intelectuales, la tolerancia y el amor a la libertad estaban más extendidos que en ninguna otra parte en aquel momento.

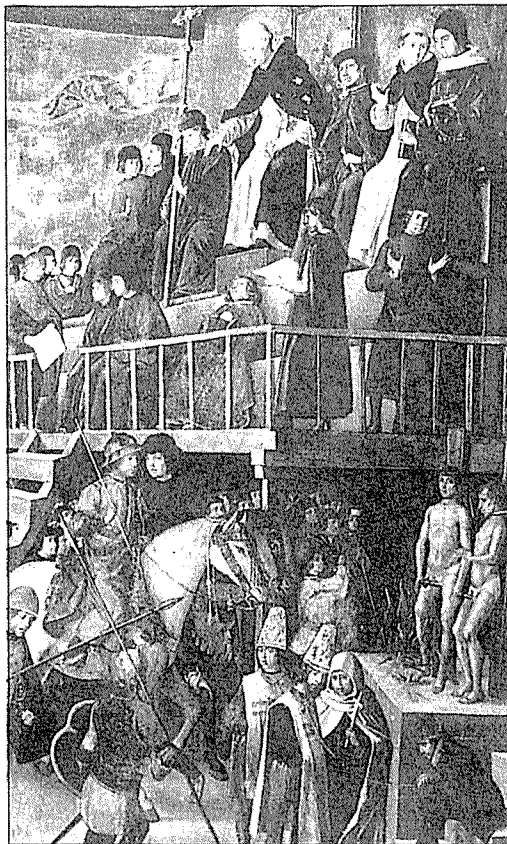
Los cátaros, al contrario que la Iglesia católica, consideraban como actividad digna el préstamo a interés con lo que se ganó la simpatía del naciente capitalismo. En una época en que la mayoría de los banqueros eran judíos o lombardos, no parece casual que los dos bastiones del catarismo fuesen Lombardía y Languedoc, únicos países del viejo continente en que los judíos eran ciudadanos de pleno derecho.

Pero el catarismo es también una reacción frente a la ostentación y corrupción de la Iglesia y de su clero sumidos en el simonismo y nicolaísmo que les hacía despre-

ciables ante el pueblo. (J. Dhont: La alta Edad Media. Ed. S. XXI, pág. 234). Evidentemente, la ciería católica estaba aislada de la nobleza, de la burguesía y del pueblo llano puesto que al ser de hecho una gran potencia terrateniente se había enajenado la adhesión de los campesinos a los que agobiaba a fuerza de impuestos, como de la burguesía por el litigio de los pechos y franquicias municipales. A su vez, la nobleza sufría el desdén y hasta lo competencia de una Iglesia que no le dejaba espacio suficiente para desempeñar el papel que le correspondía en la sociedad medieval.

Los puros o perfectos (los albigenses se dividían en tres niveles diferenciados: perfectos, ascetas prometidos a la salvación y simples creyentes) vestían de negro, llevaban báculo y recorrían los pueblos predicando su mensaje con bastante sencillez. Ejercían la medicina y compartían la miseria con la gente necesitada. Fieles a la consigna de que «la fe sans obras morta est» se entregaron al trabajo de la tierra y en los talleres para socorrer a los labriegos y artesanos pobres.

El catarismo exigía poco de sus adeptos. El ritual era de un esquema fuera de lo común. Con solo practicar la



caridad, el perdón de las ofensas y decir la verdad era suficiente. Por ello no es de extrañar que el pueblo se sintiera atraído por estos hombres buenos y abandonase aquella otra Iglesia intolerante que imponía fuertes penitencias, amenazas del fuego eterno y predicaba una férrea moral de la que el propio clero hacía poco caso.

Estas creencias lógicamente tuvieron una fuerte incidencia en las costumbres

populares. Veamos ahora cómo entrelazan su doctrina con las prácticas claramente antinatalistas.

Consideraban ridículos los dogmas católicos y rechazaban los sacramentos, particularmente el del matrimonio. Y en cierto modo era lógico toda vez que, siendo hostiles a las cosas materiales, debían necesariamente condenar toda unión legítima que tuviese por meta la multiplicación de los cuerpos. Pero iban más

lejos en su aversión a las nupcias. Tanto que no llegaban a advertir diferencias entre adulterio, incesto y matrimonio.

Persuadidos como estaban de que la creación del mundo era obra del demonio, también se estimaba perverso procrear seres: dar la vida es amplificar la desgracia de las nuevas almas al precipitarlas en la materia. De ahí también que el suicidio fuese tolerado e incluso justificado de esta forma: ninguna felicidad, ningún bien era posible en este mundo sino después de liberar el alma al morir. El suicidio, por lo tanto, se convertía en la consecuencia lógica de la doctrina cátara que, en efecto, lo admitía a condición de que no fuese por cansancio de vivir, por miedo, dolor, etc., sino por haber logrado el perfecto desapego a la materia. Incluso el ayuno indefinido hasta la muerte por inanición estaba bien visto.

Como vimos, el matrimonio no gozaba de buena prensa, tampoco el concubinato. Aunque puestos a escoger preferían las relaciones carnales extramatrimoniales tal vez porque los lazos eran más fáciles de romper que en el matrimonio formal.

Por consiguiente, el ideal es la castidad más absoluta que solo conduce a la salvación. Los perfectos profesaban la castidad al pie de la letra, dicen que «no tenían ojos para las mujeres» y evitaban todo comercio sexual. A los otros niveles no se les exigía tanto. La moralidad que proponían rezumaba integridad por los cuatro costados, sobre todo con una cobertura doctrinal tan peregrina como que el pecado de la carne era el peor de todos, puesto que no solo constituía una rebelión, sino que además perpetuaba la raza humana dilatándose el reino del demonio. Advértase que mientras el concubinato les merecía una cierta indulgencia, el estado de la mujer embarazada les inspiraba horror.

Sin embargo, se desconoce que practicaran el aborto aun cuando la inexistencia de condenas o de algún tipo de reprobación permitiera abrigar conjeturas en ese sentido. Quizá porque evitaban la preñez mediante la continencia periódica. Los detractores decían de los cátaros que los maridos se acercaban a sus mujeres más cuando creían que no estaban en estado de concebir.

Pero lo que de verdad importa, es que, en las zonas afectadas por la herejía, pero fundamentalmente en el sudoeste francés, a pesar de las guerras y de una represión brutal, se había sostenido durante siglos un estado de ánimo abiertamente desfavorable a una fuerte natalidad. Quizá por ello se habían podido transmitir tradiciones anticonceptivas, o incluso nuevas técnicas habrían podido encontrar un terreno abonado para su desarrollo.

Durante la Reconquista, frente al moro se favoreció en España la natalidad

